

ron los paseos tumultuosos que se prolongaron hasta muy tarde, y por el camino encontráronse aquellos grupos con otros con los cuales en parte se confundieron: eran pandillas de borrachos y de mujeres perdidas que se encaminaban á la plaza de la Roquette con la esperanza de presenciar la ejecución de Tropmann.

En el momento en que la dictadura imperial abdicaba, veíase asomar otra dictadura, la de los arrabales. Cualquiera cosa servía de pretexto para las manifestaciones, y muy especialmente los aniversarios. Precisamente se acercaba el 21 de enero, y en esta ocasión *La Marseillaise* puso empeño en demostrar que era digna descendiente de *Le Pere Duchesne* y de *L'Ami du Peuple*, proclamando «que el crimen de Capeto había sido reinar,» y añadiendo «que puesto que los reyes están fuera de la naturaleza, también están fuera de la ley, y es concederles demasiado honor el juzgarlos.» Los demagogos más exaltados celebraron en Saint-Mandé un banquete en el que se pronunció un brindis que se hizo famoso, el *brindis á la Bala*, «á la pequeña bala libertadora, á la pequeña bala humanitaria, á la pequeña bala de socorro que todo el mundo esperaba.» El autor de esta presuntuosa apología del asesinato, Félix Pyat, fué prudente hasta el punto de hacerla leer por uno de sus subordinados; en cuanto á él había huído al extranjero, pues acostumbraba á ser faccioso sólo de lejos. Uno de los asistentes, llamado Fontaine, recaló el llamamiento al asesinato, proclamando el fin de todos los imperios y añadiendo: «Ellos tienen los chasséspots, pero nosotros tenemos la ciencia, gracias á cuyos progresos pronto nos veremos libres de ese bandido de Bonaparte (1).»

La táctica revolucionaria consistía en sembrar la agitación en los departamentos. ¡Y qué mejor medio para ello que las huelgas! La más importante fué la del Creusot, que estalló á mediados de enero. La primera causa de disensión entre los patronos y los obreros había sido la gestión de la *Sociedad de socorros mutuos*; la caja de esta sociedad estaba confiada á la administración de la fábrica, pero habiendo motivado este estado de cosas algunas críticas, convínose en que los obreros serían llamados á decidir por medio de sus votos si querían que continuase la antigua organización ó preferían encargarse ellos mismos de la gerencia de sus intereses. El día de la votación fueron numerosas las abstenciones, pero la mayoría optó por la gerencia directa. En las asambleas preparatorias que habían precedido al escrutinio, un obrero ajustador, que había llegado al Creusot hacía algunos meses, había adquirido extraordinario ascendiente sobre sus compañeros. Assi, que tal era el nombre del ajustador, estuvo tres días sin parecer por el taller, por cual razón fué reemplazado, y aquel mismo día, 19 de enero, unos cuarenta trabajadores abandonaron la fábrica, propagándose luego el ejemplo con tal rapidez, que antes de terminar la jornada el número de huelguistas llegaba á tres mil. La noticia causó gran sensación en toda la comarca; entonces la gente no estaba todavía acostumbrada á las huelgas. Las fábricas del Creusot eran las más importantes de Francia, y su director, Sr. Schneider, figuraba entre los primeros industriales de su época y entre los perso-

(1) Véase el informe del fiscal general Grandperret.

najes más ilustres del imperio. En aquella parte del Saona y Loira habíase aglomerado una población obrera muy densa y nadie podía calcular cuál sería la gravedad de una colisión. Lo que aumentaba la efervescencia eran las excitaciones de los periódicos, especialmente de *La Marseillaise*. Assi aparecía cada vez más como el verdadero jefe: hombre de palabra fácil, de temperamento impetuoso, siempre dispuesto á proclamar, con toda clase de ampulidades de lenguaje, los derechos del proletariado, tenía realmente fascinados á sus compañeros. Sabíase ya, aunque mejor aún se supo más adelante, que estaba en correspondencia con París y Londres; su vanidad consolidaba su imperio, pues al verle tan confiado, los demás le seguían ciegamente. Enviáronse allí importantes fuerzas del ejército; jinetes é infantes llegaron en lo más crudo del invierno, fueron alojados en helados cobertizos, se extenuaron prestando el servicio de patrullas y fueron, con los obreros pacíficos, las verdaderas víctimas de la huelga. Después de ocho días de inquietud, los *asirios* (que así se llamaba á los partidarios de Assi) hubieron de declararse vencidos, y reanudóse el trabajo, por lo menos provisionalmente, porque muy pronto había de renacer la agitación. Los sucesos del Creusot tuvieron su epílogo en el Cuerpo legislativo: el 26 de enero levantóse Esquirós para denunciar el empleo de la fuerza pública en las huelgas, y habiendo el ministro reivindicado su derecho, subió á la tribuna Gambetta y, con turbación que en vano se disimulaba bajo la violencia de las palabras, desarrolló la misma tesis insostenible. La gente se admiró de tanta aberración: «¿Será Gambetta simplemente un Rochefort elocuente?» se decía. El secreto de aquella intervención lo encontramos en una carta que por aquel entonces uno de los jefes de la *Internacional*, Bastelica, dirigía desde Marsella á Varlin: «¿Sabéis, escribía, que nuestros diputados Gambetta y Esquirós no han interpelado sobre la huelga del Creusot sino después de nuestras excitaciones (2)?»

Si Gambetta necesitaba que le estimularan, Rochefort, á pesar de su falta de energía en el entierro de Víctor Noir, conservaba el favor de los arrabales. El 22 de enero reunióse el tribunal para juzgarle, y no habiendo comparecido, fué condenado en rebeldía á seis meses de cárcel por ofensa á la persona del emperador y provocación á la guerra civil. Como no se apeló de la sentencia, una vez transcurridos los plazos esperábase de un momento á otro su detención. En la tarde del 7 de febrero fué detenido en la calle de Flandes, en la Villette, en el momento en que se dirigía á una reunión pública, y conducido á Santa Pelagia. Mientras era llevado á la cárcel supose la noticia de su prisión en la reunión en donde le esperaban: presidía ésta Flourens, quien tenía á sus lados á Debeaumont y á Milliere: «No dejaremos encarcelar á Rochefort aunque hayamos de perecer todos,» exclamó Debeaumont; y apenas hubo dicho estas palabras, el comisario de policía, que se llamaba Barlet, declaró la reunión disuelta. Entonces Flourens se levantó, y armado de un revólver y de un bastón de estoque, proclamó la revolución permanente y mandó detener al comisario. Salieron todos gritando

(2) Véase el tercer proceso de la *Internacional*. Informe del fiscal imperial Aulois (*Gazette des Tribunaux*, 24 de junio de 1870).

«¡Viva la República!, ¡Viva Rochefort!» y cantando la *Marsellesa*, y por el camino desarmaron á algunos soldados rezagados. Detrás de ellos iba el infeliz Barlet, llevado como rehén; pero pronto quedó en libertad, sea porque Flourens se compadeciera de él, sea porque lo dejara escapar el encargado de su custodia. Los manifestantes, que en un principio eran mil quinientos (1), fueron disminuyendo poco á poco, pues muchos de ellos desaparecieron ante el peligro de un combate, quedando sólo los que estaban resueltos á luchar. Al extremo de la calle del Temple armóse una especie de

ma. El gobierno creía tener la pista de un complot: la mayor parte de los redactores de *La Marseillaise*, Milliere, Germán Casse, Arnoult, Ulrico de Fonvielle y Pascual Grousset, habían sido encerrados en Mazas, y poco después, habiéndose aumentado los rigores, el número de los individuos sometidos á la acción de la justicia elevóse á unos 450. Parecía, sin embargo, que un hado maléfico se complacía en multiplicar los incidentes sensacionales: el día 11 de febrero la policía fué á Batignolles con objeto de prender á un obrero mecánico llamado Megy, el cual, cuando los agentes hu-



León Gambetta

barricada con un ómnibus y dos coches volcados; en la calle de París, las piedras y las tablas de una casa en construcción sirvieron para levantar atrinchamientos más sólidos; además los amotinados saquearon una tienda de armero. A todo esto llegó la fuerza pública, que se apoderó de las barricadas, no sin tener que vencer una enérgica resistencia, resultando de la refriega gravemente herido un agente. Flourens, que se quedó casi solo, penetró en el teatro de Belleville, en donde le habían asegurado que encontraría fusiles, pero fué cercado y á duras penas pudo escapar refugiándose en casa de un amigo.

Creíase que los agitadores se descorazonarían; pero esta esperanza se vió defraudada, pues los disturbios se reprodujeron en la noche del 8 y se prolongaron durante el día 9, aunque con menos gravedad porque los mismos vecinos impedían la formación de barricadas. Al mismo tiempo supose que habían estallado en Marsella algunos desórdenes, si bien habían sido prontamente reprimidos (2). El día 10 se restableció la cal-

bieron forzado la puerta de su casa, hizo fuego sobre ellos, hiriendo mortalmente á uno. «He disparado contra el grupo,» dijo Megy cuando le interrogaron (3); y lo que era un crimen pareció á algunos un acto de legítima defensa, fundándose en que la policía había procedido antes de que amaneciera y en forma contraria á las leyes. El asesino fué disculpado y muy pronto glorificado: Megy, Assi y Flourens, tales habían de ser los nuevos ídolos, y no había de transcurrir mucho tiempo sin que el mismo Rochefort fuese tenido por moderado. El mismo 11 de febrero Bastelica escribió á Varlin á propósito de él: «Ese hombre, como todos los que sirven á la revolución, ha tenido su día, su hora, su latitud; hoy el nivel popular le ha sorprendido y le conviene ganar de nuevo la orilla si no quiere perecer ahogado... Y ahora, vamos á otro (4).»

En estas circunstancias, fué gran honra para el gobierno buscar en la libertad misma el remedio que había de debilitar á la revolución. El mes de febrero y los

(3) Informe del fiscal general Grandperret (*Journal officiel*, 5 de mayo de 1870).

(4) Tercer proceso de la *Internacional*. Informe del Sr. Aulois (*Gazette des Tribunaux*, 24 de junio de 1870).

(1) *Journal officiel*, 9 de febrero de 1870.

(2) Véase *Gazette des Tribunaux*, 13 de febrero de 1870.

primeros días de marzo fueron para el ministerio Ollivier el período de su mayor actividad: elaborábanse toda clase de reformas sobre elecciones, sobre legislación industrial, sobre acumulación de grandes sueldos, sobre Argelia, sobre el régimen de imprenta; la Comisión de descentralización comenzaba sus estudios; la de enseñanza se constituía, los diputados rivalizaban en celo con los ministros y eran innumerables los proyectos debidos á la iniciativa parlamentaria. Desde 1789 no se había visto entusiasmo semejante. El peligro principal estaba en que de la superabundancia de los propósitos naciera la confusión. Prevost-Paradol, queriendo definir la obra que se intentaba entonces, la caracterizaba en los siguientes términos: «Es la refundición en el sentido de la libertad de todas las instituciones francesas, tales como las establecieron la Revolución, el Consulado y el Imperio.»

Tristeza causa el encontrar hoy en día en las colecciones oficiales los restos de todos aquellos trabajos acometidos en medio de las mayores esperanzas. Es obra de justicia mencionarlos; pero ¿á qué conduciría insistir sobre ellos? Todos ó casi todos habían de quedarse en estado de bosquejo, y el imperio estaba ya condenado á no tener más que comienzos de ideas. En cambio, nunca se encomiará bastante, aun á riesgo de incurrir en repeticiones, el acuerdo conmovedor que hizo que en aquel entonces toda la gente de bien se pusiera al servicio del país. Hubo en la Cámara un momento, muy fugaz por desgracia, en que la derecha olvidó sus resentimientos y los individuos más moderados de la izquierda parecieron dispuestos á la conciliación: un día, era el 22 de febrero, en un voto de confianza provocado por una interpelación de Julio Favre, la oposición se encontró reducida á diez y ocho votos.

Hasta en el lenguaje de los más resueltos enemigos del imperio pueden percibirse en aquella época curiosas confesiones y cierta tendencia á suavizar su hostilidad.

Varias veces en el curso del presente libro hemos tenido ocasión de citar al Sr. Doudán, el hombre que tal vez ha analizado mejor día por día los actos del reinado y que ha sido su censor más perspicaz y más implacable; pues bien, en aquel mes de febrero su correspondencia se dulcifica y se aventura, cosa inaudita, á formular un elogio: «El ministerio, escribe, está realmente animado de las mejores intenciones, es de una honradez intachable y obra con una prudencia no exenta de osadía.» También se suavizan los juicios sobre el soberano, aunque sin dejar de ir acompañados de epigramas. «Creo que el emperador está decidido á representar el papel de un Augusto constitucional; indudablemente está cansado del ejercicio de una voluntad sin fiscalización que no ha realizado milagros ni mucho menos, y el cariño que profesa á su hijo le impulsa á moderar la acción de su gobierno para asegurar la duración del mismo... Quizás ha sido más novelesco que perverso y con los años puede hastiarse de las novelas políticas y volver á los caminos rectos del sentido común.» Pero, en realidad de verdad, ese profundo observador de las cosas se rectifica casi en seguida: con esa segunda vista de los meditabundos y de los solitarios, vislumbra lo que nadie discierne todavía, y se espanta, como él mismo dice, de tantas corrientes que empujan hacia los escollos; y en la misma página escribe estas palabras de una gravedad profética: «Generalmente la Providencia no permite que se desaten dificultades tan complicadas, y entra en sus costumbres cortar los nudos con golpes imprevistos.»

LIBRO TRIGÉSIMOSÉPTIMO

EL CONCILIO

- SUMARIO: I.—Preocupación que, aparte de la política, se impone al nuevo gobierno.—EL CONCILIO: tristezas y grandezas del pontificado de Pío IX: cómo nace y se desarrolla el propósito de un concilio ecuménico: bula de indicción (29 de junio de 1868).—La sociedad civil y disposiciones que en ella dominan.—La sociedad religiosa: los católicos liberales y sus adversarios.
- II.—La cuestión de la infalibilidad pontificia. Cómo esta cuestión de orden puramente teológico es entregada á las discusiones públicas: dos motivos que impulsan á los fieles á fortalecer la autoridad papal.—Diversos incidentes: el Padre Jacinto; cómo se separa de la Iglesia romana.—Polémicas entre católicos.
- III.—Apertura del concilio (8 de diciembre de 1869).—Primeros esfuerzos para apresurar la definición de la infalibilidad.—Los obispos de la minoría; sus perplejidades y sus alarmas.
- IV.—El imperio y el concilio: conducta del gobierno durante el año 1869: entrada del Sr. conde Daru en el ministerio: sus opiniones; sus primeras declaraciones y sus primeros despachos: cómo la publicación del *Schema de ecclesia* aviva sus alarmas: dos corrientes en el ministerio: la abstención y la ingerencia: cuál es el carácter respetuoso de esta ingerencia.—Despacho del 20 de febrero.—Muerte del Sr. de Montalembert.—Motivos que tranquilizan á la Curia romana; respuesta del cardenal Antonelli (19 de marzo).—Memorándum del Sr. conde Daru (6 de abril).—Cómo el partido de la abstención prevalece sobre el de la ingerencia.
- V.—Continuación de los trabajos del concilio.—Cómo se proclama la infalibilidad pontificia: prórroga del concilio.

I

No hay ministro que al entrar en el desempeño de sus funciones no encuentre en la herencia de sus predecesores alguna cuestión importante iniciada y no tenga la obligación, más ó menos urgente, de proveer á ella. Aparte de la política general, un asunto importantísimo solicitaba la atención de Emilio Ollivier y de sus colegas: en Roma acababa de reunirse un *concilio ecuménico*; ahora bien, ¿qué conducta adoptaría el gobierno respecto de aquella asamblea: ingerencia celosa, respetuosa vigilancia, ó abstención sistemática?

No se comprenderían bien los debates apasionados á que dió lugar el Concilio así en la sociedad laica como en la eclesiástica, si no se puntualizase bien cuál era el estado de las almas en el momento en que se reunió la augusta asamblea. Durante su largo pontificado, Pío IX había conocido todos los extremos, el de la felicidad lo mismo que el de la desgracia: había visto á sus súbditos adherirse á él en amorosos transportes, situar luego su palacio, asesinar á su ministro y obligarle á él á ir al destierro; Italia le había saludado como el iniciador de sus libertades, y poco después, por virtud de un cambio brusco, habíale puesto en el trance de pedir un apoyo á las potencias; y él mismo, bajo la impresión de los acontecimientos, se había reprochado sus generosas audacias, y conturbado por el sentido que el mundo daba á sus palabras, habíase alejado de su pasado, como nos alejamos de un error, de un pecado casi. Los años siguientes habían colmado las desventuras del pontífice y sus enemigos ya descontaban el rincón de tierra que la espada de Francia todavía amparaba.

Sucesivamente aclamado y amenazado como prínci-

pe, Pío IX había sufrido, como soberano espiritual, las mismas alternativas de padecimientos y de consuelos: durante su pontificado habíase completado la obra de secularización que, comenzada en Francia en la época revolucionaria, se había luego extendido por todo el universo; religiones de Estado, inmunidades eclesiásticas, bienes de manos muertas, todo desaparecía, y la violencia acababa de destruir lo que se obstinaba en vivir todavía; y como si el viejo y el nuevo mundo se hubiesen sentido movidos por la emulación, al mismo tiempo que México expulsaba sus frailes Italia cerraba sus conventos. La Iglesia, víctima de la revolución, lo era también del poder absoluto, y hasta la Santa Sede llegaba un prolongado grito de angustia, el de Polonia perseguida por su fe. Entretanto, las tesis impunemente expuestas en los libros, los principios diariamente proclamados en la prensa y el desarrollo de las asociaciones antirreligiosas, eran motivo constante de sorpresa y de aflicción para el padre común de los fieles, el cual no comprendía una tolerancia que juzgaba perniciosa para las almas y consideraba insoportable libertinaje lo que era contienda de opiniones difícil de prevenir ó de moderar en un régimen libre. De cuando en cuando dejaba el papa desbordar sus amarguras en cartas ó alocuciones á la vez vehementes y desoladas; pero sus palabras, objeto de burla de parte de los incrédulos, parecían á muchos de los mismos creyentes torpes ó excesivas, ¡tantos equívocos había creado y perpetuaba la diferencia de medios ambientes! Estos eran los sufrimientos del pontífice; pero ¡cuán grandes esperanzas no se ofrecían al lado de estas tristezas! La Iglesia, duramente combatida allí mismo en donde más había dominado, reparaba sus pérdidas con sus conquistas: de Inglaterra llegaban noticias de ruidosas conversiones á